

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)
Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

XXIX

CÓMO OBTUVO DÍAZ LA PRESIDENCIA

Disfrazado con peluca y anteojos ahumados, viajando como un médico cubano que regresaba a La Habana, Díaz se embarcó en Nueva York en el buque de vapor-correo *City of Havana*, que de camino a Cuba haría escala en Tampico y Veracruz.

Así encubierto, y llevando un maletín de instrumentos quirúrgicos para completar el engaño, el gran líder de México emprendió el regreso para asumir el mando supremo de la revolución.

Cuando el vapor llegó a Tampico, subió al barco un destacamento de tropas del gobierno que se dirigían a Veracruz. Entre ellos estaban oficiales a los que Díaz había capturado apenas unas semanas antes en Matamoros. A pesar de su cuidadoso disfraz, los oficiales reconocieron al general y como buen observador supo de inmediato que sus enemigos sabían quién era.

Si lo apresaban, eso significaba la muerte casi segura. De hecho, sólo unas semanas después, capturaron al general Donato Guerra, su segundo de a bordo, y más tarde lo asesinaron los soldados que lo custodiaban. Díaz comprendió cuán grande era el peligro que corría. La vida

de su país y la propia dependían de su valor e inteligencia personales. Lo observaban de cerca y se veía la muerte en los ojos de los soldados que seguían sus movimientos.

Al final de la tarde, el vapor estaba anclado lejos de la costa. En una hora iba a oscurecer. Entretanto debía evitar el arresto, lo que podía ocurrir en cualquier momento. La vida o muerte eran cuestión de minutos. Debía saltar al mar, arriesgarse con los tiburones devoradores de carne humana y mantenerse a flote hasta que pudiera pisar tierra firme al amparo de la oscuridad.

Armado con un cuchillo muy filoso para defenderse de los tiburones, y quedándose en ropa interior, el futuro jerarca de México se acercó al costado del barco y tomó el camino a la libertad.

Había nadado escasos dos o tres mil pies antes de enterarse que habían descubierto su huida y que habían bajado una lancha para capturarlo. Ya podía oír el ruido de los remos.

Fue una persecución desesperada. El general era un nadador poderoso y hábil de modo que avanzaba por el agua con brazadas constantes; pero sus perseguidores acortaron la distancia. Cuando se aproximaban, él se dirigió a mar abierto. Si pudiera escapar por un rato, la noche lo salvaría y aplicó su máxima fuerza en la terrible carrera. Cada vez se acercaban más, podía oír sus voces. Con potentes brazadas, nadaba de un lado a otro, con la esperanza de eludirlos en el anochecer. Sin embargo, la lancha lo seguía en su huida y avanzaba más. Los remeros podían oír cómo jadeaba y luchaba por su vida entre las olas.

Sus perseguidores estaban tan cerca que lo golpeaban con los remos y entonces se zambullía una y otra vez para evitar los violentos golpes. Empezaba a oscurecer. Unos cuantos minutos más y podría despistarlos; reuniendo todas sus fuerzas se zambulló bajo la lancha. Al salir del otro lado, los remeros gritaron entusiasmados y lo volvieron a golpear, sólo para darse cuenta que había vuelto a zambullirse bajo la lancha e iba en otra dirección, nadaba en círculos, se zambullía y volvía sobre su ruta de manera que fuera difícil alcanzarlo al empezar a oscurecer.

Durante una hora insistieron en la tremenda persecución. Díaz se debilitaba. A medida que sus músculos le fallaban, sus movimientos se

hacían más lentos. Respiraba con dificultad; el agotamiento y las constantes vueltas le producían mareo. Los ojos se le saltaron. No obstante, serpenteaba y se lanzaba rápido en un último intento febril para escapar.

De repente el exhausto fugitivo descubrió que había perdido el rumbo. La costa de Tampico era demasiado plana y baja como para que pudiera verla un hombre entre las olas, pero mientras aún fuera de día, Díaz sabía que la proa del vapor apuntaba hacia tierra. Al anochecer había perdido esta guía y no podía darse cuenta de la dirección de la costa desde mar abierto.

Una vez metido en esta trampa, el general se entregó y lo subieron a la lancha, donde se acostó indefenso por la fatiga y sin poder hablar. Había permanecido más de una hora en el mar.

Cuando el empapado prisionero se tambaleaba a bordo del *City of Havana*, el teniente coronel Arroyo, al mando de las tropas del gobierno que viajaban en el barco, insistió en que le entregaran a Díaz y que de inmediato le formaran consejo de guerra. Quizá la muerte del general terminaría con la revolución contra Lerdo y le reportaría una jugosa recompensa a su verdugo. Pero el sanguinario Arroyo subestimó el carácter y recursos del hombre a quien apenas habían sacado del mar tan cansado que no podía tenerse en pie. En su camarote Díaz tomó una pistola y se irguió cuan alto era, se puso derecho, mostró resolución y con la antigua mirada de poder en sus ojos, pidió al capitán del barco la protección de la bandera estadounidense bajo la cual se embarcó.

Ese giro repentino que dieron las cosas desconcertó a Arroyo por el momento. Una cañonera estadounidense se encontraba cerca en el puerto y su capitán a quien pidieron que evitara cualquier violación de la bandera estadounidense, ofreció enviar a Díaz de regreso a los Estados Unidos; no obstante, el general se negó a volver e insistió en continuar su viaje, aunque sabía que el siguiente puerto era Veracruz, donde las fuerzas del gobierno lo esperarían para apresarlo a cualquier precio.

El destino de México temblaba en la balanza de la guerra; Díaz tenía que reunirse sin demora con sus fuerzas. No podía perder un solo día.

Intentaron desarmar al general, pero al saber el peligro en que estaba, anunció que prefería morir a entregar su único medio de defensa.

Entonces se convino en que debería considerarse en custodia y el vapor seguiría su camino a Veracruz.

Esa noche cuando el barco estaba en alta mar, Díaz suplicó en secreto al contador, A. K. Coney, que lo ayudara a escapar de sus enemigos. Propuso intentar de nuevo nadar hacia la orilla con ayuda de un chaleco salvavidas. Conmovido por las agallas del héroe mexicano, el estadounidense aceptó auxiliarlo, pero insistió en que exponerse a las aguas infestadas de tiburones tan lejos de la orilla equivaldría al suicidio. Adoptaron otro plan.

Era una noche negra. Estaba a punto de estallar una tormenta en el mar. Todos a bordo se veían nerviosos, ansiosos, vigilantes. En el momento oportuno Díaz entró sin que lo vieran al camarote del contador y se encerró en un pequeño armario. De improviso se oyó un chapoteo en el mar. El contador lanzó un chaleco salvavidas por la borda. En el vapor resonaron los gritos de los oficiales mexicanos, quienes corrieron desbocados por la cubierta, mirando detenidamente el agua oscura con la esperanza de ver al supuesto fugitivo. Arroyo se enfureció; revisó la nave en vano. La víctima había escapado.

Todo este tiempo Díaz estuvo sentado en la parte de abajo del armario. El espacio era tan estrecho que tuvo que colocar las rodillas pegadas al mentón y aun así la puerta no cerraba bien.

El contador sabía que había hecho algo peligroso. Para apartar de sí las sospechas, tuvo la audacia de invitar a los oficiales mexicanos a jugar cartas en su camarote. Cuando éstos se sentaron alrededor de la mesa, el general, doblado en dos en el armario, casi no se atrevía a respirar. Su posición le causaba mucho dolor y, para empeorar las cosas, uno de los oficiales inclinó su silla hacia atrás contra la puerta del ropero, prensándola contra las rodillas del soldado escondido, quien no osaba moverse, aunque estaba en un grito.

Durante esa experiencia casi intolerable, Díaz oyó a los jugadores de cartas hablar de su carácter con gran libertad. Lo criticaron amargamente, pero uno o dos lo mencionaron con amabilidad. El contador Coney, ansioso por evitar toda desconfianza, insultó en voz alta al hombre al que había ocultado en el camarote, expresando la esperanza de que

lo capturaran y castigaran como merecía. Fueron tan vehementes los ataques hacia el hombre que protegía, que sólo el gran dolor que sentía evitó que Díaz riera en forma abierta.

El general permaneció tres días doblado en dos en la oscuridad y su alimento eran unas cuantas galletas que le daba el bueno del contador. El barco por fin llegó a Veracruz.

Este fue el clímax del peligro para Díaz. El capitán del puerto, un ferviente partidario del presidente Lerdo, subió a bordo del City of Havana con un guardia e insistió en registrar el barco de punta a punta, con la esperanza de localizar a la víctima. Hubo gran agitación en el barco. El capitán estadounidense protestó de que soldados mexicanos registraran su nave. El capitán de puerto, movido por la esperanza de capturar a un prisionero tan distinguido como Díaz, anunció que examinaría la embarcación pulgada a pulgada. Por fortuna había una cañonera estadounidense en el puerto. El capitán del City of Havana pidió protección. Acto seguido el comandante naval estadounidense subió a bordo del vapor.

Mientras los tres capitanes discutían el asunto en cubierta, un marinero llegó hasta el lugar donde se ocultaba Díaz y le entregó una nota escrita por el jefe de la aduana de Veracruz, diciendo que sus amigos estaban listos para ayudarlo a quedar en libertad.

Díaz entonces siguió al marinero hasta un ojo de buey abierto. Se había vestido de prisa con ropa de marinero. Sacó la cabeza por la abertura al costado del barco y vio abajo una barcaza con algodón donde esperaban que cayera. Al levantar la vista vio una hilera de rostros que lo miraban desde arriba de la baranda. Con sobresalto, retiró la cabeza. El marinero le susurró que los rostros que había visto eran de sus amigos quienes, según el plan convenido, se agolparon contra la baranda en cubierta para que sus enemigos no tuvieran oportunidad de llevar a cabo una inspección.

Poco después, Díaz pasó lentamente por el ojo de buey y cayó en la barcaza, se sumergió bajo la proa y con el agua hasta el cuello, esperó a que terminaran de cargar la barcaza y remaran hasta la orilla. Al descargar el algodón en el muelle, un oficial del gobierno vio con ojos de

lince algo bajo la proa poco iluminada de la embarcación. “¿Qué es eso?”, gritó. Díaz retrocedió y medio se ahogó para evitar que lo detectaran. Un movimiento en falso y estaría perdido. En ese preciso momento uno de los amigos de Díaz que estaba atento saltó a la barcaza, vio el rostro de su líder con la escasa luz y respondió, “Aquí no hay nada, señor.”

La tripulación de la lancha fingió pelear para decidir si hacían otro viaje al barco. Finalmente, remararon para salir del puerto de Veracruz y se dirigieron por la costa hasta un punto acordado. Allí desembarcó el general y encontró a un criado con dos caballos que lo esperaba en la playa.

Saltando a la silla, Díaz cabalgó a toda velocidad con su acompañante para ponerse en contacto con sus fuerzas. Esa noche encontró una corriente de agua conocida como Boca del Río. Por el camino se detuvo en la casa de un peón para pedir informes, cuando en eso pasó un cuerpo de soldados del ejército. Esto asustó tanto a su sirviente que desertó. A pesar de ello, el general pudo evitar que lo reconociera el comandante de las tropas y al encontrar una lancha en el río, se alejó remando él mismo. Ahora no tenía caballo, pero siguió el camino a pie. Encontró a un jinete que resultó ser un amigo y quien con gusto le cedió su caballo.

De ese modo, día y noche, el líder de la revolución, vestido con un traje de marinero harapiento y con pistola al cinto, cabalgó directo para reunirse con sus queridos seguidores indígenas de Ixtlán, en las montañas zapotecas de Oaxaca, donde siendo un subprefecto mozalbete aprendió a convertir a campesinos cobardes y desgarbados en soldados y héroes.

Cuando se acercaba a Ixtlán, cansado y cubierto de polvo, vio figuras que bajaban a su encuentro por los accidentados senderos montañosos. Eran los jinetes indígenas de sus viejos pueblos, y cuando vieron la figura recia, erguida que conocían tan bien, no obstante la gorra de marinero y la extraña ropa azul, lo saludaron blandiendo sus sables en el aire; él se levantó en su silla y les respondió el saludo con la mano levantada.

A los morenos montados les seguían grupos de indígenas a pie, con rifles y tambores que tocaban desaforados. Bajaban en gran cantidad, gritando su nombre. Cuando desmontó se arremolinaron a su alrededor, le besaban la mano y lo llamaban padrino. Conforme la multitud se apre-

tujaba en torno a él y los lugareños de zarape se unieron a los hombres armados en una magnífica procesión de brillantes colores, tambores estruendosos, acero resplandeciente, caballos que caracoleaban y un murmullo de voces, Díaz recordó que tiempo atrás con frecuencia pagaba el estipendio para que bautizaran a los hijos de los indígenas y que en el tumulto que llegó a besarle la mano estaban sus ahijados ya crecidos.

Al transitar por los senderos, encontró a los montañeses que avanzaban en masa para saludarlo y las laderas reverberaban con el ruido de sus tambores ya que marchaban delante y detrás de él, mientras que la población en general, tan pintoresca que no hay palabras para describirla, llenaba el ambiente con sus gritos.

En el pueblo de Ixtlán Díaz desmontó y dirigió un discurso a la multitud. Los indígenas se congregaron en las plazas y plazuelas con rifles y tambores. Hombres armados llegaron a Ixtlán de docenas de pueblos zapotecos. El general fue de un grupo a otro, hablándoles y avivando su espíritu de lucha, como en los días en que les demostró que un montañés zapoteco podía ser un gran soldado. En esas filas estaban hombres a quienes sacó de la indolencia del indígena sentado envuelto en su zarape para que sirvieran a su país con las armas, hombres a quienes enseñó a leer y escribir, hombres a los que encabezó durante años en la batalla. Hombres a cuyos hijos había apadrinado en la iglesia: cuando se paró frente a ellos, pálido y delgado por las penurias, pero con la antigua mirada de mando en su rostro recio, ellos levantaron la cabeza y sus ojos brillaban de orgullo. Allí entre sus chozas miserables de un remoto pueblo en la montaña, invocó el alma de México para ir la guerra a fin de alcanzar la paz.

De inmediato se organizaron tres batallones en Ixtlán y con ellos Díaz marchó hacia el valle de Oaxaca a su ciudad natal, la cual pronto lo rodeó. El gobernador del estado se mostró amigable con él, pero al estar bajo el dominio de Lerdo se había visto obligado a obedecer al gobierno nacional.

Una vez que tomó posesión de Oaxaca el general organizó sus fuerzas con rapidez. El espíritu de la revolución iba en aumento. En agosto, los revolucionarios al mando del general Guerra fueron derrotados en

Tamiapa, con lo cual Guerra retrocedió a Chihuahua, donde lo capturaron y asesinaron.

Pero en septiembre un Congreso atestado de gente declaró que Lerdo había ganado la reelección como presidente. La elección fue notoriamente corrupta e ilegal. Fue un desafío directo al valor y a la dignidad del país. En su avaricia por retener el poder, el presidente se había impuesto en el cargo contra la voluntad del pueblo y había pisoteado las leyes electorales.

Los fraudes fueron tan burdos que incluso el presidente de la Suprema Corte de Justicia, José María Iglesias, denunció públicamente la ilegalidad de la elección, desconoció la autoridad de Lerdo y, al declarar que según la Constitución él asumía la presidencia, se retiró a Guanajuato donde el gobernador Antillón, con 2 500 soldados, lo apoyaron como presidente interino.

Díaz avanzó hacia el norte con sus tropas, organizando sobre la marcha. El gobierno de Lerdo mandó al general Alatorre con una fuerza muy grande para aplastar la revolución de un solo golpe. Cuando los dos ejércitos se enfrentaron en Tecoac, en el estado de Tlaxcala, el 16 de noviembre de 1876, los generales de ambos bandos reconocieron que la batalla sería decisiva. Las fuerzas del gobierno superaban en número a los revolucionarios y Lerdo se vanagloriaba en la capital de que en unas cuantas horas Díaz caería prisionero o sería fugitivo.

En la batalla de Tecoac, las tropas de Alatorre lucharon con tenacidad hasta que se desmoralizaron con una carga tremenda encabezada por el propio Díaz. Antes de que pudieran recuperarse de los efectos de esta carnicería, le llegaron a Díaz refuerzos a las órdenes del general González y el ejército de Lerdo sufrió una derrota aplastante. Díaz capturó a más de 3 000 prisioneros.

Después de esta victoria total, Díaz marchó en triunfo a la ciudad de Puebla, la cual se le rindió sin golpe alguno, y al cabalgar por las calles lo saludaban como a aquél que salvaba a la nación de la confusión, la debilidad y la corrupción.

Cuatro días después de la lucha decisiva en Tecoac, el presidente Lerdo huyó de la capital con sus ministros. Se embarcó en Acapulco y

fue a Nueva York, donde vivió hasta su muerte ocurrida el 21 de abril de 1889; a pesar de sus conspiraciones revolucionarias para recuperar el poder, el presidente Díaz asistió a su funeral.

Con 12 000 soldados, el héroe de la revolución hizo su entrada formal a la ciudad de México el 23 de noviembre de 1876.

Fue una escena emocionante. Las grandes muchedumbres que se apostaron en los caminos y calles gritaban continuamente el nombre del vencedor. Algunos se tiraban al suelo, otros sollozaban de emoción. No sólo los más modestos del populacho lo saludaban, sino que los adustos hombres de negocios, financieros, terratenientes, estaban parados descubiertos entre los indígenas que gritaban cuando Díaz iba camino al Palacio Nacional a la cabeza de su ejército. En la enorme plaza del Zócalo, al cual dan tanto la Catedral como el Palacio, se reunió una enorme multitud y el sonido de las voces era como si el mar batiera contra la orilla vacía.

Ataviado con su uniforme de general, Díaz pasó frente a las multitudes estruendosas, erguido, serio, con la mirada al frente, como si contemplara un gran panorama que se abría ante él, no como el ganador de un premio, sino como quien asume solemnemente una responsabilidad cuyo peso había aplastado a dos generaciones de sus compatriotas.

Al entrar al Palacio Nacional, tomó posesión del supremo poder ejecutivo de la nación. Dejó al general Juan N. Méndez al mando de la capital y se desplazó rápido a Guanajuato, donde Iglesias intentaba llevar adelante un gobierno nacional; trató de conciliar con Díaz, pero sus propuestas fueron rechazadas. Retrocedió a Guadalajara, donde el general Ceballos tenía una división fuerte, y luego marchó a Manzanillo, siguió hacia Mazatlán y zarpando de allí huyó por mar a San Francisco.

Al salir victorioso en toda la república, el general previó un gobierno constitucional y ordenó una elección general. En mayo de 1877, el nuevo Congreso hizo el escrutinio de los votos y declaró que Díaz había sido elegido presidente.

De ese modo el hijo descalzo del humilde mesonero de Oaxaca, ahora un hombre de 46 años, se dio a la tarea de alejar a México de su pasado delirante, destructivo y desdichado.